

EL CARACTER PEDAGÓGICO DEL CATOLICISMO

SUMARIO

Contra el verbalismo y el mecanicismo, es necesario el método.—Valor de éste en la enseñanza religiosa.—Tres elementos: naturaleza de la materia, el sujeto y el maestro.—Un doble método: intrínseco y extrínseco.—El catecismo; su concepto.—Mala interpretación del catecismo por los pedagogos.—Cuál es el carácter del catecismo y el mejor método.—La Iglesia católica enseña el perfecto equilibrio entre Dios y el hombre, que resalta más comparándola con las demás religiones, que exageran o el término Dios o el término hombre.—Cesarismo y comunismo, exaltación de las pasiones y educación individual, según el concepto religioso del hombre.—Resumen: el Cristianismo tiene la autoridad de Dios y reconoce la grandeza del hombre. El niño y la idea de Dios.—El método: la intuición.—Dificultades de la escuela activa y su encauzamiento desde el punto de vista católico.

La gran tarea de la educación religiosa es dirigir todas las facultades del niño a Dios. Ciertamente es un arte: porque plasma las almas de los jóvenes. Tiene sus dificultades, puesto que el educador «debe desarrollar la vida objetiva de la gracia o la vida superior espiritual sembrada en el Bautismo y hacer que sea consciente y libremente activa» (1). Y para que la Religión llégue a ser *vida*, hemos de luchar mucho contra el verbalismo y el mecanicismo, que son defectos bastante comunes en la educación.

Funestos son estos dos errores en el campo educativo-religioso. Guardini afirma que en ningún ámbito la profanación de las palabras, el vacío del obrar, las maneras vanas del gesto son tan terribles como en la vida religiosa (2). Realmente, el hacer aprender de memoria fórmulas que no se entienden, preceptos cuya acción no se eje-

(1) KRIEG.—*Catechetica*. Marietti. Torino, 1915, pág. 18.

(2) GUARDINI.—*I santi segni*. Morcelliana. Brescia, pág. 32.

cuta inmediatamente, es cosa que está abiertamente en contradicción con el espíritu de la Iglesia. Por esto, el Papa Pío X decía, hablando a los padres: «Hay que evitar, sobre todo, aquella manera mecánica de enseñar, que oprime y atonta, que tan sólo pone en juego la memoria, sin interesar la inteligencia y el corazón» (3), así como se aprende la Botánica, etc. En esta lucha están de acuerdo la Religión y la Pedagogía moderna. Deber nuestro es buscar el mejor método, los medios didácticos, para despertar en los niños la vida de la gracia, que se encuentra en el corazón de los bautizados, y hacer que lo que se aprende de memoria no sean etiquetas de una ciencia que no posee, sino que las verdades y la vida del alumno se combinen en perfecta armonía.

No queremos afirmar con esto que se deba prescindir de las fórmulas y enseñar con imprecisión; «sería una equivocación el enseñar o insinuar a los niños noticias de Religión no rigurosamente verdaderas o inexactas o muy inciertas; que la indeterminación, la ambigüedad, la imprecisión acerca de las verdades elementales de la fe pueden acarrear no pocos perjuicios al espíritu de la tierna edad y ser fuentes de errores, de dudas y de incertidumbres; de donde nace la necesidad de que no se puede abandonar la exposición del Catecismo a una dicción cualquiera, como no nos hemos de contentar que el escolar aprenda la doctrina de un modo superficial (4).

El primer requisito para conseguir la eficacia que se busca será la selección justa y el orden de la materia. Es decir, un buen método. El camino que sigue el espíritu humano en la investigación de la verdad, o también en un sentido más amplio: la manera de escoger, disponer u ordenar y exponer la materia (5).

(3) VIGNA-PAVANELLI.—Ped. Cat. Torino, S. E. I., pág. 53.

(4) H. MARTIN.—Precis de Ped. Cat. Desclee, pág. 77.

(5) ACHILLE.—Metodología, págs. 11 y 12.

En la enseñanza religiosa el método debe servir, no sólo para el entendimiento, sino también para la formación de la voluntad, indicando el modo de nutrir y estimular una y otra. Es un modo de obrar, siguiendo las leyes de la inteligencia, para conseguir el fin propuesto.

Para ello hemos de tener presentes tres cosas: la índole del discípulo, la naturaleza de la materia y la personalidad del que enseña.

Es evidente que no todas las materias se deben tratar del mismo modo. En el Catecismo el método no sólo debe comunicar una ciencia, sino que debe determinar un movimiento de la voluntad. Como dice el P. Ruiz Amado, en la enseñanza cabe atender a dos cosas: primera, a la instrucción o conocimientos que adquiere el alumno (valor informativo), y segunda, al desenvolvimiento o desarrollo de las facultades mediante el ejercicio (valor formativo). Claro que, tratándose de la educación religiosa, no es posible separar estos dos conceptos. No es posible enseñar el camino del cielo sin mover a seguirlo. No es posible indicar el amor de Dios sin inflamar el corazón en el mismo y formar así la conciencia.

Siendo también diversos los sujetos por el ambiente del lugar, por la edad y sexo, sería ciertamente mecanicismo explicar con el mismo método a todos, sin tener en cuenta el proceso psicológico e individual.

Y, finalmente, aun el mejor método sólo adquiere un verdadero valor cuando el enseñante lo lleva con habilidad y tacto. El mejor maestro será aquel que mejor sabe adaptarse a las condiciones de la psique infantil. No olvidando que es el método el que sirve al enseñante y no al contrario.

Al hablar de la enseñanza religiosa, y a fin de evitar confusiones, distinguimos un doble método: intrínseco y extrínseco. En el campo religioso no se puede hablar de un método intrínseco. La enseñanza religiosa, a diferen-

cia de las demás enseñanzas, no se funda sobre una doctrina, que puede ser modificada a placer, según los descubrimientos de la razón natural, es decir, el contenido y la forma, aun la exterior, de la doctrina revelada, en la concepción católica no están determinadas por cada individuo, sino que vienen determinadas por la Iglesia. Como hizo notar el P. Barberá en el Congreso Escolástico de Roma, en julio de 1929, el método intrínseco es inmutable, como la verdad que se enseña, y consiste en proponer las verdades de la fe, según el motivo formal de la misma fe, es decir, porque Dios las ha revelado y nos las propone la Santa Iglesia. Por tanto, es esencialmente método de autoridad: de Dios, que revela, y de la Iglesia, que propone, y de la que es representante y portavoz el maestro de Religión. Sólo la Iglesia tiene, pues, en sí, en su autoridad suprema, las luces sobrenaturales necesarias para conservar, desarrollar, integrar, definir mejor, etc., la Doctrina Revelada.

De aquí el concepto de Catecismo como compendio de aquellas verdades fundamentales, que constituyen la Religión Revelada. Desde el Concilio de Trento se ha tenido un cuidado especial en determinar el contenido y la forma externa del Catecismo.

El Catecismo ha provocado entre los pedagogos un gran equívoco. Algunos lo toman como si contuviese o debiese contener, no sólo las fórmulas dogmáticas, sino también el modo, el medio pedagógico de exponerlas y enseñarlas. Sacando la conclusión de que no se puede romper el orden preestablecido. Las fórmulas deben enseñarse con el rigor de su ordenación en el texto. Es el memorismo, del que ya hemos apuntado algunas ideas. Este concepto del Catecismo es falso. La Iglesia no quiere esto.

Ni el Concilio de Trento ni después de él nadie ha dicho que el Catecismo sea un método pedagógico. Tan sólo

indica cuál sea de hecho la doctrina que todo cristiano deba saber. El Catecismo señala la meta, el resultado que ha de conseguirse, la fórmula que debe aprenderse; pero no señala el camino que hay que recorrer para ello. Los Padres del Concilio de Trento declaran explícitamente que quieren ofrecer: *Certam aliquam formulam et rationem Christiani populi ab ipsis fidei rudimentis instituendis* (Proem., q. 7 et 8) en la enseñanza religiosa. Nada encontramos en esta declaración que se refiera al método. Tan sólo entendieron los Padres, como dice el Papa Clemente XIII en la Encíclica de 1761, componer una obra que *omnem doctrinam complecteretur qua fideles informari oporteret et quae ab omni errore quam longissime abesset*.

Así, pues, todos los medios serán buenos si consiguen este fin. Los métodos psicológicos y de una sana pedagogía del niño se pueden y se deben usar. Lo que llamamos método extrínseco.

Para tener una idea didáctica moderna catequística tengamos en cuenta estas dos afirmaciones: conducir al niño para que sepa esta doctrina y con la fórmula precisa, que es sobrenatural y que nosotros no podemos cambiar, ya que debemos obedecer a la Iglesia; pero, por otra parte, aunque la doctrina sea aquélla, los medios pedagógicos para enseñarla quedan a elección del pedagogo que enseña, siempre que estos métodos no se opongan al método intrínseco.

Todos los medios intuitivos: imágenes, semejanzas, ejemplos, etc., pueden, más aún, deben, preceder, acompañar, seguir, en suma, combinarse con el método intrínseco; pero, como dice el P. Barberá en el Congreso antes citado, debe dejarlo intacto, inmutable, bajo pena de exponerse en peligro de traicionar o alterar la verdad revelada. No hay que confundir, pues, la fórmula dogmática, que ha de ser precisa, aun en su parte exte-

rior oral, y el modo de hacer aprender diverso. según los diversos criterios de los pedagogos, o particulares necesidades del educando, por su edad o grado en la escuela.

La didáctica catequística tiene, pues, libertad de indagación pedagógica sin confundirla con la libertad de enseñar a capricho. En ella utilizaremos los principios que rigen en otras enseñanzas y, además, ciertos criterios que nos presta la Revelación, cosas éstas que estudiaremos en sucesivos artículos.

Es evidente que Jesucristo enseñó el Catecismo. Es el primero y único Maestro, y así nos los presenta el Evangelio. Y no hay duda que en su enseñanza hay un método, diríamos mejor una pedagogía evangélica, que tiene el máximo valor. Ciertamente que Jesucristo no nos enseña una metódica, sino que enseña en cierto modo, y todas las indicaciones que podemos sacar de su enseñanza serán para nosotros preciosas. Y no sólo Jesús, sino que, después, la Iglesia ha enseñado siempre. Es una tradición fuerte, cuyo ejemplo nos será útil, tanto más cuanto más nos remontemos a los tiempos apostólicos.

De todas estas ideas y de los criterios pedagógicos podemos deducir cuál sea el carácter pedagógico del Catolicismo; el arte catequético nos lo dará a conocer.

Vamos a precisar cuál sea este carácter. Ciertamente que, según la materia que haya de explicarse, adoptaremos un diverso método en su exposición si no queremos perder el tiempo. Cada materia exige que se la trate con ciertos caracteres que le son propios. Lo mismo vale hablando de Religión. Cada Religión, según el concepto que tuvo de la vida del hombre, enseñó las verdades que debían llevarle a tal fin. La Religión Católica, única verdadera, ha sido la que ha señalado el fin del hombre, dando un equilibrio perfecto al doble término esencial en toda Religión: el hombre y Dios, y de este equilibrio se deriva el carácter de la pedagogía católica.

Será convèniente dar una ojeada a las distintas religiones para ver cómo fueron lógicas en sus métodos pedagógicos y cómo debemos serlo nosotros al enseñar la Religión Santa en la cual vivimos, dando a los demás esa caridad que es fuente de vida eterna, y que en ninguna otra Religión se conoció.

Conviene también notar antes que la verdad precede al error. El Cardenal Mercier afirma que el error es el heraldo y el compañero habitual de la verdad. Una conclusión verdadera no es, a menudo, sino el término de una larga serie de equivocaciones (6).

No se debe despreciar ni exagerar mucho tampoco a las diversas Religiones distintas del Catolicismo, ya que están muy distantes de poseer la verdad; pero, al mismo tiempo, contienen de ella algunos reflejos. Si el error es una verdad truncada, en cuanto tal, es un efecto del hombre, y en cuanto verdad, es efecto de Dios. Con una ligera exposición de ellas, veremos mejor las excelencias del Cristianismo, como siempre brilla más la luz contorneada por las sombras.

Si miramos la historia de las religiones, distinguimos dos grandes grupos de exposición religiosa: antropomorfismo o naturalismo y panteísmo. O se convierte el hombre en Dios o Dios pasa a serlo todo, llegando con ello a la negación de un Dios personal.

Entre las religiones panteístas encontramos el Bramanismo. Primitivamente fué un politeísmo naturalista, como podemos verlo en los «Vedas». Pero hoy (*Rig veda*) se presenta verdaderamente panteísta: sólo existe un ser: Brama; todos los demás son aspectos, átomos; la existencia individual es una ilusión. El sabio es igual a Brama, y, a partir de éste, hay una escala, una gradación de hombres menos inteligentes, según de la parte de Brama de

(6) MERCIER.—La consciencie moderne, pág. 47.

la cual nacieron. Los bramanes, la casta sacerdotal, muestra su orgullo. Todos llegarán a unirse con el Dios después de distintas transmigraciones purificadoras.

Todas estas teorías, impuestas por las clases sociales más potentes en provecho propio, han tenido siempre en las diversas épocas continuadores, unas veces conscientes y otras inconscientes.

En la misma Grecia encontramos la escuela eléata, en la que uno de sus principales representantes, Parménides, afirma que todo lo que existe se reduce a una sola cosa: el ser. Error que luego desarrolló Heráclito y que logró introducir en diversas escuelas y principalmente en la estoica. De este Panteísmo se derivan todos los errores modernos, con sus teorías de la inmanencia, con su indiferentismo y con su interpretación de los dogmas e historia del Cristianismo, según las leyes de la evolución. Todo son manifestaciones nuevas del único ser. Son los principios liberales que afirman que todo sistema es verdadero y representan un momento de la evolución ideal. Y si entramos en el campo social, tenemos el cesarismo o el comunismo socialista. Es lógico. Hemos visto que tan sólo existe una clase que representa al Ser Absoluto. En la India son los bramanes, y con ello se hace prácticamente la imposición de una clase social sobre las otras.

Si tan sólo son infalibles los hombres que pertenecen a la clase superior, es decir, los que están en contacto con la divinidad, ellos serán los encargados de hacer valer sus derechos y anular las clases inferiores. Esos pocos que formaron el Estado son la misma divinidad. El individuo no existe. Todos desaparecen. Tan sólo tienen razón de ser en cuanto están sujetos a cumplir las órdenes del superior. En la antigüedad demostró estas consecuencias el pueblo chino, con sus fronteras cerradas, con la doctrina de Confucio altamente racionalista, fría, aun en su mo-

ral, y que desconociendo por completo la caridad, atormentaba al individuo con mil extrañas obligaciones. La pedagogía de las religiones panteístas es esto mismo. El individuo se educa para el Estado, que se constituye Dios y, por tanto, quedan ignoradas las exigencias del individuo, desconociendo su último fin y, materializado, llegan a hacer el hombre máquina.

Hemos podido ver pruebas de esta educación en otras naciones, en cuyas escuelas se enseña una hora de Religión a la semana. Los niños en ellas están sujetos a las leyes que emanan del Estado, el cual desconoce la vocación especial de cada niño. No importa. Todo hombre es un fusil. La disciplina militar en este punto es rigurosa. Los padres nada pueden ante estas leyes. Más aún, se prohíben por el Estado libros católicos que hablan de la virginidad. Manifestaciones externas de esta divinización del Estado son el culto a los muertos en guerra y los homenajes que se rinden a los antiguos emperadores y reyes, cuyas efigies adornan las principales vías de las ciudades.

¿Qué consecuencias puede traer todo esto? En el campo pedagógico-religioso, esto trae, como es fácil de ver, la negación de una Religión que conduzca al hombre a un fin sobrenatural. El hombre será sólo grande cuando dé su vida y todos sus bienes por la patria. A este punto llegan los Estados modernos que no conocen la ley de Dios.

Del modo cómo se educa la juventud en esas naciones, es fácil prever un cataclismo en el campo religioso. Es demasiada la idolatría que se siente por el Estado, y es muy poco el contrapeso que se le puede poner con la enseñanza religiosa.

El panteísmo es autoritario y su pedagogía debe serlo también. Por eso en nuestros tiempos el panteísmo se convierte en religión nacionalista, que no sirve sino al Esta-

do, quedando reducido el hombre a la mínima expresión de su personalidad.

Frente a este paganismo, hoy tan extendido, nuevas formas de las religiones primitivas, puesto que las leyes históricas se repiten, y tenemos otro tipo de religiones: antropomorfistas o naturalistas.

Así como el panteísmo es autoritario y niega al individuo, éstos exaltan al individuo hasta darle todos los atributos de la divinidad. No estará el individuo sujeto a nadie. Lleva en sí el germen de la divinidad, que debe desarrollarse por sí mismo. Hay que respetarle. La máxima libertad al hombre.

El monoteísmo primitivo, enseñado por Dios mismo, había sido deformado monstruosamente por la imaginación del hombre y por sus pasiones. Se empezó por atribuir la divinidad a las fuerzas ocultas de la Naturaleza y a los fenómenos físicos, y se multiplicaron de modo inesperado las divinidades. Es hermoso leer sobre este concepto lo que dice San Agustín en el capítulo VI, octavo de su *Civitate Dei*. Se adoraron todas las cosas, pero con el tiempo se llegó a rendir adoración sólo a la criatura más perfecta de la creación: al hombre, pero al hombre no puro, sino lleno de pasiones. Era preciso justificar los vicios de la humanidad.

Se hubieran podido reunir todas las divinidades en una sola, pero lo impidió el antropomorfismo, que atribuye a Dios cuerpo y pasiones humanas. Esto alcanzó sus máximas proporciones en Grecia y Roma. En ellas, «el sabio, el virtuoso y, sobre todo, el personaje bello, en el doble sentido corporal y moral de la belleza, será adorado como Dios y su efigie constituirá el ideal del joven, el canon de los ciudadanos» (7). Y así nacieron aquellas escuelas de degeneración leyendo las aventuras de Mercurio ladrón y

(7) TUSQUERS.—Ped. de la Religión, pág. 22.

de Júpiter infiel, que eran reproducidas por el arte, con la más desenfrenada libertad (8).

La educación en aquellas circunstancias debía salir del ambiente propio. Si cada individuo podía llegar a verse exaltado como un Dios con tal de ajustar sus modos a la forma elegante, debía de ser educado individualmente. Es el individuo quien se forma, y sus modos, si son geniales, pasarán a la posteridad, junto con el nombre de dioses. Es lógico que en un ambiente tal faltase la caridad, y no se encuentra dificultad en aceptar noticias, aun cuando nos sean repugnantes, que nos suministran los escritores antiguos y que nos hablan de la esclavitud y del comercio de esclavos, del infanticidio, de los vicios contra natura, justificados por Sócrates y Cicerón (basta leer a Plutarco en su *Vida de Aristides*). La autoridad en tal ambiente desaparece y nos encontramos sin tener más norma que el placer y gusto del individuo. No será el Estado quien mandará del individuo; quien dará las leyes para regir a la nación. Cada individuo podrá pensar a su manera; el pensamiento es libre y libre toda propaganda, ya que tan sólo existe una verdad: la idea, el pensamiento humano, aun el más disparatado.

En la parte social hemos vivido todo el siglo anterior en una completa anarquía, precisamente por esta valoración exagerada de los «derechos del hombre». Recordamos perfectamente los días difíciles y llenos al mismo tiempo de la más sana pedagogía de nuestra Cruzada.

En Pedagogía ya vimos anteriormente (9) lo que dijeron Rousseau y Tolstoi. Son los representantes de este naturalismo. De esta divinización del hombre y de esa total negación de Dios.

(8) DE BROGLIE.—Problemi e conclusioni della Storia delle Religioni. Siena.

(9) Véase el artículo aparecido en esta Revista, números 3 y 4, titulado «El problema catequístico».

La Pedagogía moderna tiene también no poco de esto, y de ahí el laicismo moderno y la escuela neutra, quienes niegan la enseñanza religiosa, ya que ésta no deja en completa libertad al individuo respecto a la verdad revelada. Es en parte el idealismo, cuyos representantes italianos, Croce y Gentili, Lombardo Radice, gozan aún de tanta fama y tienen tantos seguidores.

Podemos afirmar que las religiones todas han seguido este doble camino o negación del hombre y exaltación de Dios, o negación de Dios y exaltación del hombre, y este doble proceso ha traído en pedagogía y en todos los campos de la vida humana o la anarquía y el libertinaje o el cesarismo y el comunismo, que, como vemos, tienen un fondo común: la exaltación de las pasiones humanas de todos o de unos pocos y la negación del fin sobrenatural del hombre.

Erraron los que creyeron que el Cristianismo había nacido de las religiones indias o de la amalgama del culto de Mitra y del helenismo. El Cristianismo es una religión sumamente original y la más excelente de todas, porque ha sabido unir en perfecto equilibrio los dos términos que las demás exageraron: Dios y el hombre. Señala al hombre como término de su perfección, no el nirvana, con su espantoso silencio, ni la belleza de su cuerpo, sino la santidad misma de Dios, colocando así al hombre en el camino del progreso indefinido, y con esto apaga de la mejor manera las aspiraciones del hombre. El amor de Dios, traído a la tierra, es la base de las relaciones familiares y sociales. Las leyes, los dogmas se basan en la autoridad de Dios, pero que es una autoridad que tiene en cuenta al individuo libre y responsable de sus actos. Dios y el hombre: Dios creador y revelador, que salva al hombre por medio del Verbo, que le es consubstancial, y el hombre, que, ayudado de la gracia, participa de la vida divina y camina con ella derecho a su último fin: gozar de Dios.

Con esta gracia, con este participar de la naturaleza divina, no se destruye la nuestra humana, tan sólo la eleva y dignifica y la adapta para alcanzar el fin, que está muy por encima de las exigencias de la naturaleza humana. Con la gracia en nuestra alma llevamos el nombre de hijos de Dios, y lo somos, y en esta unión de Dios con nosotros, en la cual estriba toda la perfección de la naturaleza humana, encontramos el carácter de la Pedagogía Católica.

Enseña ésta en nombre de Dios y enseña verdades reveladas por El, que son, por tanto, inmutables, y tenemos con ello la máxima autoridad en la enseñanza; pero, al mismo tiempo, esa elevación del individuo que indicábamos, esa gran dignidad que tiene y ese fin excelso para el cual él se educa, hacen que también el educador no vea en el alumno un ser cualquiera, sino un hijo de Dios, que necesita aprender las verdades que le hagan consciente de esta dignidad, para que un día pueda llegar al reino que el mismo Dios le tiene preparado. Es la mayor sublimación del individuo. Por esa razón, el Apóstol San Pablo pide en la educación de los niños el máximo amor, y nos dice cómo él lo practicó: «nos hicimos como pequeñuelos. Y como nodriza que cría a sus niños». Amor éste, desde luego sobrenatural, correspondiente a la participación de la gracia existente en el corazón del niño.

En el amor por los alumnos, dice Victoriano da Feltre, está toda la dignidad, el gozo, el divino de la eficacia magistral, y esto mismo podemos decir de toda educación. Donde hay un corazón que siente lo divino, los escolares encuentran la amistad; es como un imán que atrae los corazones infantiles. Entre el maestro de religión y los alumnos hay una relación especial y una comunidad de vida espiritual, que pide correspondencia armónica de los dos; existe, como nota fundamental, una autoridad llena de bondadosa afectuosidad.

Si el maestro hace suya la leyenda de las candelas: «sirviendo a los demás me consumo», hará prodigios, porque una escuela religiosa con sola la autoridad rígida, sin corazón y sin vida, ni ilumina, ni lleva fuego a las almas de los niños.

El niño es naturalmente sensible al amor, y si se le demuestra florecerá la simiente de la palabra divina y sus raíces serán más profundas. El amor que dice también la máxima reverencia al niño forma el principio vital de la educación religiosa.

Tenemos, pues, dos elementos que nos manifiestan el carácter pedagógico del Catolicismo: la autoridad y la personalidad. Así enseñó Jesucristo, «como quien tiene autoridad» y, al mismo tiempo, con aquella autoridad amorosa que decía: «Dejad que los niños se acerquen a mí», profiriendo a continuación aquellos anatemas contra quien, no respetando la personalidad del niño, en cuya alma vive Dios por la gracia, le escandalizase. Y en otra ocasión, mostrando cómo debemos respetar el alma del niño, dijo, tomando a uno y colocándole en medio de sus discípulos y abrazándole: «Quien recibe a uno de estos pequeñuelos en mi nombre, a mí me recibe, y quien me recibe a mí, no es a mí a quien recibe, sino al que me ha enviado» (*Mar.*, 9, 36).

Quien en el campo pedagógico quiera ser católico no podrá arbitrariamente ser autoritario, porque ante él tiene un alma que goza de toda inmunidad, pero, al mismo tiempo, en la enseñanza de las verdades reveladas, debe ajustarse a cumplir su oficio de representante de Dios y de la Iglesia y enseñarlas, como quien tiene autoridad, pero siempre con amor, ya que este vínculo de caridad es el distintivo de los discípulos de Cristo (*L.* 13, 35).

Muy bien dice Tusquets: que la Pedagogía que desee estar a tono con la doctrina del Catolicismo deberá ser, por lo tanto, profundamente respetuosa con la autoridad y con

el individuo, en tanto que la primera es reflejo de Dios en ciertos casos y en otros el mismo Dios, y que el individuo es entrañablemente amado por Dios.

Podría objetarse, después de haber indicado que la enseñanza religiosa expone las verdades reveladas de orden sobrenatural, si es posible que estas verdades se adapten a la inteligencia infantil. Podemos responder que el niño bautizado tiene ya en sí una potencia: la gracia, capaz de desarrollar todas las verdades reveladas, y prácticamente lo vemos confirmado con el número de niños santos que hubo en todos los tiempos, que supieron responder valientemente delante de los jueces y de los tormentos que les esperaban, y suavemente caminaron también por los senderos de la perfección amando a Dios.

Es preciso notar que la gracia se adapta a la naturaleza, y por eso nosotros, en la exposición de la verdad católica, debemos adaptarnos a las dos—gracia y naturaleza—si queremos enseñar con fruto.

¿Cómo se resuelve la capacidad del niño para recibir la Religión sobrenatural y qué métodos serán los más convenientes?

Los hechos confirman esta capacidad, como acabamos de decir. Los elementos sobrenaturales en cuanto a la forma, pero naturales en cuanto al contenido, y aun los sobrenaturales en cuanto al contenido, el niño los entiende en cuanto es posible. Se han hecho encuestas para ver cómo el niño posee la idea de Dios, para ver la reacción del niño ante los elementos sobrenaturales de la revelación y, como afirma Spranger, no hay ningún niño sin religiosidad.

He aquí un relato interesante que demuestra la vida de la gracia en los niños. El hecho ocurrió en Madrid. El protagonista tiene tan sólo un par de años. Acompañado de su abuelita y de su tía entra en la Iglesia de San Jerónimo el Real, y directamente atraído por la imagen de

Cristo Crucificado marcha a postrarse a sus pies. Nada le han dicho los que le acompañan. Él, con voz de ángel, dice: «Jesusito, pupa», y repite con lástima estas palabras. De pronto añade: «Traigan una escalera, y otra escalera, y otra escalera.» ¿Para qué?, le preguntan. Y con su vocecita angelical: «Para darle besitos a Jesús, que tiene pupa.» Cómo se transparenta la vida de la gracia en estos cuerpos inocentes. Qué perfil tan tierno. Cuando, al día siguiente, la abuelita quiere llevarle al Retiro a tomar el sol, el niño dice: «Al Retiro no, a Jesusito, que tiene pupa...»

Castiglione, en su *Ricerche ed osservazioni sull'idea de Dio nel fanciullo* (10), estudia en niños católicos esta idea de Dios, por medio de *tests*, cuestionarios, etc. Teniendo en cuenta que el niño tiende a representarse a Dios con formas humanas, no será extraña la conclusión que trae el citado autor de que los niños hacen la ecuación siguiente: Dios = Jesús (pág. 220). Si la mente del niño es sensible, es natural que busque la representación sensible de Dios. Y esto no es paganismo, ni fetichismo, como en los salvajes; no, pues en la revelación misma tenemos elementos que nos permiten saciar esta necesidad que siente el niño de representárselo todo sensiblemente.

Si tomamos el Evangelio tenemos en él el desarrollo de la idea y del hecho de la Encarnación. Y desde el punto de vista pedagógico, teniendo en cuenta lo apuntado, podemos decir que debe ser el centro de toda enseñanza religiosa, ya que todas las verdades reveladas tienen sus aspectos sensibles en las páginas evangélicas. Jesucristo, Dios y Hombre, será el centro, como es el centro de toda devoción, por ser nuestro Mediador. Lo que hemos de prever es la confusión de las Tres divinas Personas a que el niño tiende fácilmente. Esta tendencia es la que hemos

(10) Contributi del laboratorio di Psicologia e Biologia dell'U. C. di Milano. Vita e Pensiero, serie III. 1928.

de impedir que le llevé al error. Por eso la cautela y la gradación en la enseñanza religiosa y como conductor las narraciones evangélicas.

También sobre este asunto se han hecho encuestas sobre el niño y el Evangelio, y se han visto resultados sorprendentes. Aun antes de que el niño sepa leer se le pueden narrar escenas evangélicas. Cuenta Augusto Baroni (11) sus experiencias hechas en una niña de tres a cuatro años. A ésta se le narraban pasos del Evangelio, y luego ella los repetía en sus conversaciones. A través de estas manifestaciones suyas era fácil ver qué partes le habían interesado y el modo como luego las repetía.

Una cosa que se notó fué que cuando la narración se hacía casi al pie de la letra le interesaba más, perdiendo para la niña todo interés cuando más se desfiguraba retóricamente. Empezaron las narraciones a propósito del Belén, y pudo verse cómo la gracia que la niña llevaba en el pecho iba dándole aquel gusto por todo lo religioso y sobrenatural.

Oigamos algunas narraciones hechas por la misma niña y con su mismo lenguaje infantil. *La Anunciación*: «La Virgen estaba allí rezando, vino el ángel que se llama Gabriel. Hacía mucha luz. La Virgen se maravilló. Y el ángel le dijo a la Virgen: «Te traerán un niño que se llamará Jesús. Dios te salve María, llena de gracia. El Señor es contigo.» El ángel le dijo la misma oración que yo digo por la noche antes de acostarme.»

La escena de las *Bodas de Caná* es muy hermosa. La Virgen dice: «Jesús, no hay más vino.» Jesús dice: «Llenad todas aquellas botellas de agua.» Y dicen: «No queremos agua; queremos vino.» «Es igual llenadlas.» Y las llenaron. «Ahora echadla en los vasos.» La echan en los vasos, y era vino. Era Jesús que había hecho el agua vino.

La narración de la multiplicación de los panes tiene

(11) Educazione della famiglia. Morcelliana. Brescia, 1932.

toda la ingenuidad de una pintura de la Edad Media. Jesús estaba allá con los Apóstoles y mucha gente que caminaba detrás. Y ninguno había traído la comida y no había tiendas donde comprar. Llegó el mediodía. Dijo Jesús: «¿Qué tenéis de comer?» Tenían cinco panecitos y dos pececitos sólo. Pero va y los panes se hicieron tantos, tantos, y todos comieron. Había sido Jesús, que había hecho tantos panes y tantos peces.

Arroja a los profanadores del templo. Jesús fué a la iglesia y encontró mucha gente que vendía en la iglesia, y mucho ruido. «Marchaos a la calle. En la iglesia hay que hablar en voz baja.»

Y así como éstos tenemos casi todos los episodios evangélicos de la vida de Jesús contados por esta pequeña. Tan sólo hay una laguna: la Pasión. No es debida a incomprensión, sino que el dolor, la muerte, son cosas que causan fastidio y hacen reaccionar en sentido contrario a los niños. Como dice el Kempis: «Son muchos los que quieren gozar con Cristo, y pocos quieren seguir las ignominias de la Cruz» (II, XI, 1.º).

Como vemos, esto no es sólo una dificultad de pequeños, sino también de personas mayores.

Por eso la niña lo pasa por alto y empieza luego graciosamente: «Una mañana se sintió hacer plum, plum..., y todos los guardias escaparon...» Y en tono festivo continúa narrando las apariciones de Cristo Resucitado.

Otras muchas escenas parecidas a éstas podíamos sacar de las páginas del santo y llorado señor Obispo de Málaga, en las que se ve cuán gustosamente los niños escuchan y aprenden las páginas del Evangelio.

De todo lo dicho podemos concluir que el sobrenatural se adapta al niño. Hay en él una capacidad de recepción y no faltan ni aun las reflexiones como aquella de que en la Iglesia hay que hablar en voz baja. Ciertamente que la narración adquiere tonos más brillantes en las cosas de la

infancia de Jesús, y esto porque el ambiente es más conocido para el niño y lo vive en su vida ordinaria. Este lenguaje es más pobre en la Pasión, pero siempre la niña manifiesta no sólo poseer sentido estético, sino de las mismas ideas, pues, sabe, así lo afirma, que los hechos evangélicos quieren decir alguna cosa.

Como muy bien nota el mismo autor, ¿por qué no hemos de contar a los niños el Evangelio, así, sencillamente, si tanto les gusta a los pequeños oír hablar de Jesús? ¿Por qué hemos de contarles *Caperucita roja* y *Pulgarcito* antes que contarles lo mucho que les quiere Dios? Tal vez al contarles estas historietas llenamos su mente de tonterías..., que el niño cree como verdades. Mejor contarles la vida de Jesús, cuyas impresiones les acompañarán siempre en su vida de mayores.

Si existe esta capacidad en el niño, hemos de buscar el medio de llevarle la verdad, según el desarrollo de su inteligencia.

Son muchos los métodos. Nosotros tan sólo veremos aquellos procedimientos intuitivos que siempre estuvieron más en uso en la tradición pedagógica de la Iglesia.

Que se haya usado más la intuición, es fácil de adivinar el porqué, ya que el conocimiento humano empieza con los sentidos y a través de la imaginación llega a la inteligencia. En el niño, esto adquiere mayores proporciones, siendo su carácter más sensible e intuitivo que racional e intelectual. Por eso la Iglesia usó los medios intuitivos, dando aun los conceptos más abstractos bajo un aspecto imaginativo más que de razón. Será, pues, necesario servirse de imágenes para esclarecer al niño los conceptos del Catecismo.

De los modos como podemos recurrir a la intuición, ya hablaremos más adelante. Lo que conviene hacer notar es que, tal como hoy se usa el método intuitivo en la Pedagogía moderna, no se puede usar en el campo católi-

co. En aquélla se utiliza la experiencia del alumno para enseñarle, haciéndole ver que él es el creador y el juez de la verdad que él mismo encuentra. En el campo de la educación religiosa, esto no puede hacerse. Sería tanto como colocar en lugar de Dios al yo individual. Y entonces los niños pueden llegar fácilmente a la conclusión que ellos no solamente trabajan en formular las verdades religiosas, sino las mismas verdades, las cuales están sometidas al examen crítico de la razón y aceptadas tan sólo en cuanto están trabajadas por ella (12). Esto sería un absurdo. El maestro de Religión debe hacer comprender al niño que todas las verdades religiosas son superiores a los horizontes de nuestra inteligencia. Como dice Förster, hay que poseer aquella humildad de espíritu, la cual, mientras nos hace desconfiar de nosotros mismos, nos eleva y nos hace concebir una reverencia profunda por una verdad que, aunque no la entendemos completamente, nuestro interior la intuye como superior, colocándonos en el camino de la verdadera libertad.

La escuela activa moderna pretende que cada escolar, con su propia actividad física y psíquica, llevada al máximo grado, encuentre todas estas verdades, adoleciendo con esto de todos los defectos arriba indicados. Para evitarlos se dieron ciertas directrices en la Conferencia Episcopal de Fulda del 18 de agosto de 1924. En ellas, después de indicar cómo por medio de la escuela activa aumenta el interés por la materia religiosa, ya que se facilita la vital comprensión de las verdades y, sobre todo, que viene demostrado prácticamente el camino para la actuación de la fe en la vida particular, concluye con estas preciosas advertencias:

«No debe nunca olvidarse que la fe, a la que la enseñanza religiosa quiere conducir:

(12) FÖRTERS.—Autoritá e libertá, pág. 63.

a) En su objeto, es la verdad revelada, y por eso sólo en una pequeña parte puede ser concebida por el hombre sin la ayuda de la revelación;

b) En su causa eficiente, es un acto del entendimiento imperado por la voluntad, cuyo acto se produce esencialmente bajo el influjo de la gracia divina;

c) En su sustancia, es el asentimiento del hombre a la verdad por la autoridad de Dios que revela» (13).

Trae otras reglas importantes, pero bastan las indicadas para prevenir al catequista del peligro de caer en el subjetivismo. Podíamos terminar con el principio de Willman: «Para la enseñanza religiosa, según estos métodos, hemos de portarnos del siguiente modo: No decir nada de aquello que el alumno puede decir; no dar nada de aquello que el alumno puede encontrar por sí mismo.» Hasta aquí Willman, pero hemos de completar el pensamiento al tratar de nuestra materia, y decir: no pretender del alumno sólo que encuentre aquellas verdades y aquellas normas que no pueden encontrarse por sí mismos, ya que trascienden el campo de la experiencia personal.

La enseñanza religiosa por medio de este activismo y de esta intuición debe, sobre todo, consistir en unir la religión que se enseña con la vida cotidiana del niño.

¡Qué hermoso cuando volvemos los ojos a las directrices de nuestra patria! El amor a la Patria se sujeta al amor de Dios. El individuo, hoy más que nunca, puede repetir aquellos versos de nuestro poeta:

*Al rey la hacienda y la vida
se ha de dar, mas no el honor,
que es patrimonio del alma
y el alma sólo es de Dios.*

(13) FEDRAZZI.—La scuola attiva e l'istruzione religiosa. Trento. 1933, págs. 8 y 9.

Ciertamente, hoy, en nuestra Patria, todo se desenvuelve en la escuela alrededor de la Cruz que la preside. Los niños no sólo oyen las lecciones, sino que las practican con el cumplimiento de los deberes religiosos.

Con todos estos antecedentes, dándonos cuenta de lo importante que es en nuestros tiempos y lo que quiere el Estado español y espera de la enseñanza religiosa: formar hombres que viviendo la Religión salven la sociedad, queremos estudiar los procedimientos y métodos intuitivos, sin olvidar que en su aplicación hemos de tener ante los ojos el carácter pedagógico del catolicismo: autoridad suprema, Dios que enseña, y, en segundo lugar, el niño elevado a la dignidad de hijo de Dios y, por tanto, con una personalidad grande, ante la que hemos de inclinarnos con todo amor, usando de la autoridad primera que Dios nos comunica. Hemos de estampar, como Leónidas, un beso de cariño en los pechos infantiles, combinando estos dos extremos que se completan y mezclan armónicamente: autoridad y personalidad.

Más adelante hablaremos de la intuición, que nos servirá para conducir al niño hacia aquella luz increada, haciéndole ver las pequeñas luces de la tierra que muestran y cantan las glorias de Dios.

V. CALATAYUD LLOBELL